



BILL FLOYD

LA ESPOSA DEL ASESINO

**¿HAS SOÑADO QUE LA MUERTE
DUERME A TU LADO?**



La esposa del asesino

Título original *The Killer's Wife* *La esposa del asesino*

Primera edición en México, enero de 2014

D. R. © 2008, Bill Floyd

Published by arrangement with St. Martin's Press, LLC

D. R. © 2015, Ediciones B México S.A. de C.V., por el libro electrónico

Conversión a libro digital: Books and Chips, S.A. de C.V.

www.booksandchips.com

D. R. © 2015, Ediciones B México S.A. de C.V.

Bradley 52, Col. Anzures, 11590, México, D.F.

D. R. © 2013, Ediciones B México por la traducción.

Traducción de Mariana Hernández

editorial@edicionesb.com

www.edicionesb.com

ISBN 978-607-480-751-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Para Amy

CAPÍTULO 1

I

—¿TE CONOZCO?

Alcé la mirada del refrigerador donde comparaba la variedad de comidas congeladas mientras limitaba las opciones de acuerdo a los gustos y placeres de Hayden, y me encontré con un caballero mayor que me veía fijamente arqueando las cejas después de haberme hecho esa pregunta. Un sujeto de apariencia saludable, robusto, con la cabeza cubierta de cabello entrecano, probablemente de sesenta y tantos años que llevaba un suéter casual y pantalones de mezclilla azul.

Nada para alarmarse, aparentemente.

Era tarde, casi la medianoche de un viernes, mi hora favorita para hacer las compras de la semana porque usualmente podía evitar este tipo de encuentros. No era fan de la conversación ociosa con los vecinos ni con nadie en particular; si podía evitarla, mejor. Esa noche, cuando entré al supermercado Harris Teeter y las puertas automáticas se abrieron a mi paso con un sonido suave como el de las esclusas de una nave espacial, me pareció como si tuviera para mí sola toda la tienda. Tuve esa sensación de limpieza, soledad y seguridad que sólo se siente en los lugares públicos cuando están vacíos. Claro que no estaba realmente sola: los empleados adolescentes se recargaban con somnolencia en la zona de las cajas, un par de hombres solitarios —noctámbulos y no profesionistas— se paseaban por

el pasillo de la cerveza para matar un poco el tiempo antes de volver a los sofás de sus casas. Uno de esos tipos me estaba mirando las nalgas: lo vi voltear hacia mi trasero gracias a uno de los espejos parabólicos que colgaban de los postes encalados del techo tipo bodega. A mi edad podría haberlo tomado como un cumplido, pero más bien me hizo sentir insegura, así que empujé mi carrito un poco más rápido. La mayoría de las veces la clientela que iba a estas horas era gente completamente ensimismada, con tan pocas ganas de encontrarse con mi mirada como yo con la suya. Eso era exactamente lo que más me gustaba.

Pero ahora este hombre mayor me miraba fijamente a la cara y su pregunta no había sido grosera, así que negué con la cabeza y le contesté amablemente:

—Creo que no.

—¿Leigh Wren? —aventuró.

Aliviada al oír ese nombre, busqué en mis recuerdos pensando de dónde podría conocerlo. Claro que me parecía familiar. Algo se removía en los pozos más profundos de mi mente, una pálida imagen que no terminaba de tomar forma. Mis compromisos sociales habían sido pocos y más espaciados de lo que me hubiera gustado admitir; la mayor parte del tiempo sólo éramos Hayden, la oficina y yo, y así me parecía bien, gracias, así que supuse que había conocido a este hombre en algún asunto relacionado con el trabajo. Tuve un instantáneo sentimiento de culpa por no poder ubicarlo claramente. Aunque, para ser honesta, no tenía nada particular que lo distinguiera; era un tipo común de Cary. Hasta podía imaginarme su coche en el estacionamiento con un pez cristiano fijado a un lado de la matrícula y una estampa de la campaña Bush/ Cheney del otro.

—Sí, soy yo —contesté—. Disculpe, ¿quién es usted? Le extendí la mano.

Me la tomó y los ojos le cambiaron. Destellaron y parpadearon. Respiró profunda y trémulamente mientras profesaba:

—Mi nombre es Charles Pritchett. Nunca he tenido que usar un nombre que no fuera el mío, porque nunca he estado avergonzado de ser quien soy. Tu verdadero nombre es Nina Mosley y el 8 de noviembre de 1997 tu esposo, Randall Roberts Mosley, asesinó a mi hija Carrie.

El mundo entero se hizo pequeño. Mi mano se quedó paralizada, igual que mis otras extremidades, pero podía sentir la presión que Charles Pritchett ejercía en ella: hacía que mis nudillos crujieran y apretaba mis dedos entre sí. Traté de zafarme, pero me sujetaba con fuerza; ahora sus ojos parecían unos faros. Temblaba de pies a cabeza; era evidente que había ensayado este momento durante mucho, mucho tiempo y ahora que finalmente había llegado, él padecía una reacción cercana al debilitamiento, una excitación que estallaba en cada uno de sus nervios. En este estado de emoción incluso hubiera podido levitar; era obvio que el señor Pritchett estaba viviendo un momento de verdadera trascendencia personal.

Y la única frase que yo podía pensar en decirle era: *La palabra correcta es «ex marido»*.

Pero aparentemente no me salía la voz. Mi garganta estaba cerrada conteniendo un horrible alarido que esperaba surgir libremente si me atrevía a abrir la boca. Me dolían los dientes. Sentí náuseas y pánico. Quise irme a la velocidad de la luz y volver a mi bendito y familiar aislamiento. Me había olvidado del carrito medio lleno de comida, con la fruta empacada impecablemente (uvas verdes porque a Hayden no le gustan las moradas debido a que poseen demasiadas semillas) y las carnes y los quesos cerrados al vacío, las barras nutritivas para mí y el cereal azucarado para mi hijo. Traté de liberarme de Pritchett y me eché para atrás, golpeé el carrito que giró chirriando sobre sus inestables llantas y se quedó atorado entre la puerta helada del congelador y mis nalgas. Él seguía aferrado a mi mano y hablaba en tonos cada vez más altos.

—Me tomó mucho tiempo encontrarte, Nina, y también bastante dinero. Te ves tan diferente a la última vez que te vi en el juicio. Tienes el cabello de otro color y perdiste mucho peso. ¿Te pintaste el pelo para que la gente no te reconociera? Supongo que lo entiendo: eso de que quieras dissociarte de tu pasado. Pero verás, yo no puedo darme ese lujo —la saliva se le juntaba detrás de los dientes apretados—. Yo vivo con mi pasado *todos los días, cada momento* que mi hija no está desde entonces. Se fue. Ya sé que la policía dijo que todo lo había hecho tu esposo, pero para mí tú nunca quedaste libre de culpa, para *nada*. Por eso estoy aquí ahora, Nina. Vine a ponerte en evidencia. Voy a destrozar esta tonta ficción de vida que te hiciste, les voy a enseñar a todos quién eres de verdad.

—Disculpe, ¿está todo bien?

Intervino otra voz y me volví hacia ella sólo para encontrarme con el mira-nalgas que estaba parado ahí junto con un cajero ligeramente detrás de él, ambos mirándonos a Pritchett y a mí con algo de preocupación. El cajero parecía electrificado, como si esperara cualquier pretexto para llegar a las manos y saltarle encima a Pritchett; seguramente en su cabeza adolescente bullían fantasías agresivas contra el hombrecito. A lo mejor Pritchett le recordaba a algún patriarca dominante de su propia historia. El mira-nalgas estaba mucho más tranquilo, sostenía holgadamente su canasta verde olivo llena de productos de porciones individuales con una tensión que sugería que ya había estado antes en confrontaciones como ésta y que generalmente salía del lado ganador. Quizá fuera un ex militar. O quizá sólo fuera un bravucón de bar.

Pritchett soltó finalmente mi mano, pero siguió hablando, ahora dirigiendo sus comentarios a los seudointerlocutores.

—¿Saben quién es ella? ¿Quién era su esposo? Apuesto a que se acuerdan de su nombre. —Sacudió un dedo esquelético frente a mi cara; las palabras le salían como en

avalancha, apenas controladas—. ¿Llamamos a la policía, Nina? ¿Quieres reportar este «incidente»? Porque a mí me encantaría. Disfrutaría tener la oportunidad de alertar a las autoridades locales sobre la persona que ha estado viviendo entre ellos durante los últimos seis años.

El mira-nalgas estaba harto. Puso su canasta en el piso y se puso entre Pritchett y mi cuerpo. Yo seguía retrocediendo, pero no podía apartar la mirada del viejo. Le habían asomado lágrimas a los ojos y el triste peso emocional que acababa de soltar estaba a punto de fulminarlo. El mira-nalgas dijo:

—No sé cuál sea su problema, señor, pero creo que debe dejar a la dama en paz.

El cajero le dijo a Pritchett que era un imbécil. Pritchett alzó las manos con las palmas hacia afuera y retrocedió algunos pasos. Con una voz más firme volvió a sugerir que llamáramos a la policía. Los altavoces cambiaron de una canción de los Comodores a *Take on me*. En un nivel inconsciente, en un murmullo, entendí que de ahora en adelante cada vez que escuchara la trillada melodía de esos sintetizadores sería como la banda sonora de este momento de cisma.

Pritchett gritó hacia mí:

—¿Dónde está Hayden esta noche, Nina? Deberías cuidarlo con más atención. Yo no cuidé a Carrie con la suficiente atención y ya ves lo que le pasó. Tú sabes lo que él le hizo.

Eso bastó para que, por fin, diera la vuelta y me echara a correr lejos de ahí resbalando y enderezando el paso mientras iba por el pasillo hacia el frente de la tienda. Las puertas automáticas no se abrieron tan rápido y choqué contra una de ellas. Al día siguiente habría un largo moretón a lo largo de mi brazo, desde el hombro hasta el codo. Pero justo en ese momento no lo sentí; en ese momento mi mano seguía latiendo en recuerdo de que Pritchett me ha-

bía agarrado sin que yo me pudiera soltar unos minutos antes.

II

Yo misma había hecho bromas cuando construyeron el centro comercial justo al lado de nuestro fraccionamiento, humor ácido sobre cuánto más conveniente iba a ser éste que el otro que estaba a ocho kilómetros de distancia. Y justo esa noche le agradecí a Dios que estuviera tan cerca. Un giro a la izquierda al salir del estacionamiento, luego un semáforo en la entrada de Kensington Arbor, que me pasé sin siquiera pisar el freno. Después un giro a la derecha: tomé la curva con un giro tan apretado que las llantas rechinaron. Menos de cuatro minutos después de que salí del supermercado, estaba estacionando mi carro enfrente de la casa de los McPherson.

La calle estaba en silencio; las casas, amplias y modernas, habían sido construidas muy juntas, con un patio mínimo entre ellas. La humedad del aire nocturno se concentraba en anillos brillantes alrededor de los faroles. La luz del porche delantero de los McPherson estaba encendida, pero no se veía nada extraño desde afuera. Pero bueno, en este vecindario, en este asentamiento ordinario de hogares familiares comunes y casas urbanas que se había convertido en nuestro refugio, nada parecía extraño jamás. Nuestra casa estaba tres cuadras adelante, una casa citadina con un lugar de estacionamiento y un agradable patio trasero donde Hayden jugaba. Por lo general no lo dejaba pasar la noche fuera de casa, pero me había rogado toda la semana y yo sabía que tenía que hacer las compras de medianoche, así que al final cedí y dejé que se quedara a dormir con su amigo Caleb. Una Yukon rojo quemado estaba estacionada a media banqueta. Era el coche «viejo» de la mamá de Caleb; sin duda, ahora el espacio del garaje lo ocupaba el Escalade que Doug McPherson le había comprado a su esposa en Navidad.

Cerré suavemente la puerta de mi carro y me deslicé por su patio, mirando la calle de arriba abajo para confirmar que no hubiera nada fuera de lo normal, aunque no hubiera podido decir si algo lo estaba. Sólo había venido unas cuantas veces a esta parte del vecindario. Hayden tenía un celular y había considerado llamarle desde que salí corriendo de la tienda, pero me chocó la idea de despertar a todo mundo si nadie estaba en verdadero peligro. Y aunque Charles Pritchett pudiera tener cuentas pendientes conmigo, con toda seguridad no le haría nada a mi hijo. Con toda seguridad no me había amenazado tan abiertamente como yo había pensado. Con toda seguridad no lo haría, no después de lo que le habían hecho a su propia carne y sangre...

¿Dónde está Hayden esta noche, Nina? Deberías cuidarlo con más atención.

Miré la calle de arriba abajo otra vez. Unos cuantos carros estaban estacionados en las puertas de los garajes o a lo largo de la calle, pero no había siluetas encorvadas detrás de los parabrisas y nadie observaba desde las oscuras ventanas de las casas. Los hogares estaban amontonados tan juntos que parecían centinelas o las paredes de un laberinto. Usualmente yo apreciaba ese tipo de sensaciones, me gustaba la idea de que había encontrado una fortaleza, pero de algún modo siempre había intuido que ese sentimiento se podía volver en contra mía.

...Pero nunca estuve preparada para que sucediera.

En el último momento decidí no tocar el timbre. Los McPherson ya tenían sus dudas sobre mí, seguro, pero esperaba que sólo fueran dudas como por qué era soltera a mi edad y cosas como: «Es terriblemente reservada» y «¿Dónde está el papá del niño?», ese tipo de comentarios que había oído de pasada de cualquier cantidad de conocidos con bastante regularidad y que había ignorado sistemáticamente. Yo podía soportar el aislamiento de mis iguales; de hecho, había aprendido a apreciarlo, pero mi hijo

necesitaba tener amigos y no quería que no los tuviera por mi culpa. Él estaba en una edad en la que la soledad podía convertirse en la mejor forma de resolver sus dificultades; la siguiente parada era la alienación y después, cuando fuera un adolescente, yo misma tendría que revisar su closet para asegurarme de que no tuviera escondido un rifle de asalto.

No siempre fui propensa a imaginar lo peor. Fue una habilidad aprendida, una destreza de condicionamiento involuntario. Gabby McPherson me dio un breve *tour* de orgullo doméstico la primera vez que llevé a Hayden a jugar, pero yo ya estaba familiarizada con la disposición de la casa; había investigado los planos de todos los modelos cuando empecé a buscar una propiedad aquí. Ella no había hecho nada original con los interiores; los muebles y el acomodo estaban sacados directamente de Martha Stewart... hace cinco años. El lugar donde se suponía que los niños iban a dormir estaba en una estancia al costado de la casa y atravesé con ligereza el patio para asomarme por la ventana. Sólo Dios sabe qué me habrían hecho los vecinos si me hubieran visto, pero la verdad, me importaba un carajo. No me habría opuesto a que una patrulla pasara por la calle: ya había pensado en llamar una, pero esperaba que Pritchett hubiera obtenido cualquier satisfacción que buscara al confrontarme en la tienda y que ahora nos dejara en paz. Mas no lo creía. Mi corazón latía demasiado rápido; podía sentir mi pulso en el cuello y me costaba trabajo tragar saliva.

Admití a regañadientes cierta admiración por el buen gusto de Gabby para la decoración de ventanas. Había comprado en algún lado unas finas persianas verticales pero, por supuesto, los niños habían olvidado cerrarlas así que podía ver hacia adentro. El piso de la sala se había convertido en una clásica zona improvisada de dormir, con *sleepings* desenrollados enfrente del sillón de piel. Había tazones de palomitas terminados a medias y latas de refresco que atiborraban la mesa de centro. La tele de plasma estaba encendida, pero no salía ningún sonido a través de la

ventana, así que supuse que estaba en silencio o que tenía un volumen lo suficientemente bajo como para que no despertara a los adultos que dormían arriba. Caleb McPherson estaba acostado a la derecha, hecho bolita, con medio cuerpo adentro y medio afuera de su *sleeping* y con los ojos cerrados. Y ahí, sentado demasiado cerca de la pantalla, recargado sobre los codos, estaba mi bebé portándose mal: veía un video musical con adolescentes que se contorsionaban con muy poca ropa haciendo una coreografía cuyos movimientos consistían en arrimones y jalones. Yo no le hubiera dejado ver ese tipo de cosas en casa —sólo tenía siete años, por Dios—, pero me invadió una ola de alivio al verlo bien; una sensación física como si me cayera agua fría en la cabeza. Un sollozo se me atoró en la garganta cuando pensé que se había mantenido despierto sólo para ver esta porquería, un espectáculo de MTV que tenía estrictamente prohibido mirar: solamente era un niño siendo niño; un niño sano y normal.

Se giró hacia la ventana y yo me agaché rápidamente. Regresé al coche en cuclillas, con una sensación de vergüenza y de que me habían descubierto haciendo algo mal, aunque sabía que él no me había visto y que, evidentemente, no había nadie más despierto en toda la calle silenciosa.

Cerré las puertas del carro y me quedé justo donde estaba. En el espejo retrovisor me vi a mí misma y me dediqué una severa evaluación: parecía demente. Mi cabello castaño claro, que usualmente estaba arreglado a la altura de los hombros con una ligera ondulación en las puntas, un estilo común en las mamás suburbanas de mediana edad, estaba revuelto y enredado. Mi suave piel, que consideraba mi mayor atractivo, se veía pálida y demacrada bajo la luz de la calle. Y mis ojos, los melancólicos ojos color esmeralda que mis amigas siempre habían admirado abiertamente, pero que a mí me parecían demasiado frágiles, demasiado vulnerables, una invitación a los hombres que les revelaba

instantáneamente que yo era alguien dócil y dispuesta, ahora parecían simples canicas sin vida llenas de ansiedad. Me di cuenta de que durante los autoexámenes que me hacía en el baño cada mañana al lavarme los dientes, secarme el cabello y maquillarme, rara vez me miraba a los ojos. Aunque ya me lo había ganado, hacía mucho tiempo que no me había dado la oportunidad de perdonarme. Y bueno, Pritchett obviamente tampoco lo había hecho. Me preguntaba si todavía habría otras personas que tuvieran esas turbias agitaciones, que nunca hubieran encontrado la paz durante todo este tiempo desde que Randy irrumpió en el que debió ser el curso normal y decente de sus vidas.

Respira profundamente, me decía a mí misma. No iba a despertar a la familia McPherson; no iba a provocar una escena inconveniente. Pero de ninguna manera perdería de vista la casa esa noche. Si algo había adquirido a un precio muy alto, era el sentido de la urgencia.

A lo largo de los seis últimos años, admito que había habido momentos breves en los que conseguía olvidar quiénes éramos en realidad. Horas, días, incluso a veces semanas enteras en las que me dejaba ir y creía que realmente era Leigh Wren y no Nina Leigh Mosley, Sarbaines cuando era soltera. A veces dejaba que a mi mente se le resbalara por completo que mi nombre había sido otro que el que ahora usaba y que había tenido que cambiármelo legalmente después de lo que había pasado con mi ex esposo.

Pero ese consuelo nunca duraba demasiado. Algo siempre me lo recordaba: un exceso de atrocidades en las noticias vespertinas, una conversación en el trabajo, un detalle legal de algún tipo. Cuando me acordaba, cuando volvía al estado de atención y alerta que ahora era mi estado de ánimo normal, nunca sentía alivio por haberme podido relajar un momento y dejar al pasado donde le correspondía. Más bien me sentía irresponsable, infantil y estúpida. Me sentía egoísta por haber sido capaz de defraudar a Hayden.

Y ahora estaba Charles Pritchett para recordármelo. Seguramente sabía dónde vivíamos. Seguramente lo sabía y seguramente había esperado la oportunidad de enfrentarme, saboreándola, Dios mío, y eso quería decir que iba en serio. Eso quería decir que de ningún modo se sentiría satisfecho por haberme dado un puto susto en la tienda; obviamente había emprendido un proyecto conmigo. Los hombres de su calaña trazan sus vidas como una serie de proyectos y con seguridad llevaba mucho tiempo planeando el mío.

Darme cuenta de esto, y de sus implicaciones, hizo que la cabeza me diera vueltas. No podía darme el lujo de adormilarme, así que empecé a hacer anotaciones en una libretita que guardaba en la guantera. Tonterías sin importancia, apenas podía ver lo que escribía bajo la plateada luz de las farolas, pero necesitaba mantener mis manos ocupadas. Apunté fechas al azar. Garabateé palabras y asociacio-